

## Nuevos amigos

Siguiendo los mismos pasos del día anterior, remontamos la colina que bordeaba la playa, bajamos al valle y caminamos entre la arboleda. La columna de humo seguía marcándonos el rumbo, de manera que no corriamos peligro de perdernos.

Aunque íbamos hablando, lo hacíamos en voz muy baja para no hacernos notar demasiado. La mayoría iba pensando en lo que nos esperaba al final del viaje.

De repente, sin saber cómo ni por dónde, aparecieron un montón de hombres, vestidos con pieles y armados con arcos, palos, hachas de piedra ... Nos rodearon y comenzaron a amenazarnos con sus armas mientras pronunciaban palabras extrañas que no acertamos a comprender.

Pensé que había llegado nuestro fin. Nos fueron empujando hacia la cueva que habíamos visto el día anterior. Mis compañeros y yo estábamos muertos de miedo.

Cuando llegamos al poblado, todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños nos salieron al encuentro vociferando sin parar y tocando nuestras ropas y nuestros cabellos como si no fueran reales.

Nos llevaron al fondo de la cueva y nos encerraron tras un alto cercado de madera, trenzado con lianas, raíces y ramas. Sin duda podíamos considerarnos sus prisioneros.

Algunos compañeros empezaron a llorar. Se arrepentían de haberse metido en aquella aventura. Se acordaron de lo a gusto que podrían estar en sus casas y de lo preocupados que estarían sus padres al considerarlos desaparecidos.

Otros pensábamos algo parecido, pero al mismo tiempo estábamos intrigados y sentíamos curiosidad por conocer mejor cómo era la vida de aquella gente. No dejábamos de pensar en que, si lográbamos salir del aprieto, podríamos hacernos famosos a nuestro regreso, sobre todo si llevábamos alguna muestra que sirviera como prueba de nuestra aventura: una herramienta, un adorno... cualquier cosa.

Mientras pensaba en todo ello, unos hombres con aspecto de soldados, nos vinieron a buscar y nos condujeron frente a un grupo de ancianos que nos esperaban sentados en una especie de sillas de piedra. Cuando todos estuvimos arrodillados ante ellos, Jorge habló en voz muy baja, pero todos pudimos oír lo que decía:

-Éste es el Consejo de Ancianos. No hagáis ninguna tontería, porque son los que nos van a juzgar. De ellos dependen nuestras vidas.

Los minutos que siguieron fueron totalmente incomprensibles para nosotros. Hablaron, discutieron, pero no supimos lo que pretendían hasta que uno de ellos se acercó hasta nosotros, señalando la linterna que llevaba Juan.

Entonces comprendimos lo que querían, así que Juan encendió la linterna y fue enfocando toda la bóveda de la cueva. Algunos daban voces de admiración, otros corrían asustados o se tapaban la cara, ... Pero poco a poco fueron convenciéndose de que no había peligro, así que el más atrevido cogió la linterna en sus manos y comenzó frenéticamente a enfocar a todas partes mientras se reía como un loco y hacía que se rieran los demás.

A partir de entonces, comenzamos una exhibición de lo que se podía hacer con todas las herramientas que traíamos: Con el serrucho, cortamos en un periquete un buen tronco; utilizamos el martillo para unir dos palos mediante un clavo; regalamos destornilladores, alicates, llaves inglesas, ...

Lo que en principio parecía una pesadilla, se convirtió en un buen sueño: A medida que nuestros aprehensores iban ganando en confianza, nos empezaron a considerar como amigos, y nos regalaban a cambio de nuestras herramientas todo tipo de objetos: hachas con corte de piedra tallada, lanzas con puntas de hueso, pequeñas vasijas de barro, ...

Más calmados los ánimos, cuando ya nos permitieron circular libremente por el poblado, pudimos ver que, al fondo de la cueva, en las paredes y en el techo, había numerosos dibujos de ciervos, bisontes, caballos, ... Contemplamos cómo un artista preparaba una pintura rojiza con piedras molidas y grasa de algún animal y, después, con un palo e incluso con el dedo, iba perfilando la forma de un ciervo.

La hoguera, bien protegida por un círculo de piedras, estaba permanentemente encendida. Unas mujeres le daban vueltas a un animal que en aquel momento estaban asando.

Otras mujeres probaban los formones y cuchillas que nosotros les habíamos dado para raspar las pieles de bisonte que pretendían curtir, y estaban encantadas por las virtudes de aquel nuevo descubrimiento.

Los niños y niñas se habían empeñado en que aprendiéramos a lanzar flechas con sus lanzaderas, y nos enseñaban a tallar piedras utilizando la nueva fuerza de nuestros martillos.

Nos sentaron en círculo, alrededor del fuego, y nos dieron de comer unos buenos trozos de carne, mientras algunos hombres, cubiertos con máscaras que representaban distintos animales, bailaban una extraña, pero divertida danza.

Llegó la noche y, aunque ya nadie nos retenía, decidimos dormir allí. Algunos nos metimos en la cueva, acomodándonos como pudimos. Otros fueron invitados a descansar en las chozas que había al otro lado del río.

Al amanecer el día siguiente, quisimos preparar el regreso a la playa, pero los cazadores vinieron a buscarnos e insistieron en que los acompañáramos en su cacería. Iban armados con todos sus arcos, lanzas, palos y, por supuesto, también llevaban las herramientas que nosotros les habíamos regalado.

Caminamos durante media hora, aproximadamente, hasta que pudimos contemplar una manada de bisontes en un descampado. Nos fuimos acercando sigilosamente, arrastrándonos por el suelo, para situarnos justamente detrás de un bisonte. En aquel momento, los cazadores se abalanzaron sobre él y comenzaron a clavarle todas las armas que llevaban. La lucha duró mucho tiempo, pero al final el animal cayó vencido ante los gritos de alegría de los cazadores y nuestras caras de asombro.

Inmediatamente, utilizando una de nuestras navajas, cortaron la piel del bisonte y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, se la habían sacado como quien se quita un pijama. Después fueron troceando la carne y cargándola entre todos los hombres para regresar al poblado. Aquel espectáculo quedaría grabado en nuestras mentes para toda la vida.

Cuando decidimos regresar a la playa, todos nos despidieron sonrientes y con muestras evidentes de cariño, como quien despide a un amigo. Algunos incluso insistieron en acompañarnos parte del camino. Cuando les pareció que ya no había peligro, nos dejaron proseguir solos, haciéndonos señales afectuosas de despedida hasta que los árboles nos ocultaron entre su espesura.

Al quedarnos solos, mientras llegábamos a la playa, hubo todo tipo de comentarios:

-¡Jolines! -se admiraba Enol- ¡Imaginaos lo que dirán en nuestras casas cuando contemos lo que acabamos de ver!

-No creo que debamos decirlo -dijo Jorge muy seguro de sí mismo-. Si lo contamos, me temo que va a ser el último viaje que podamos hacer en la máquina del tiempo.

-¿Quieres decir que no podremos comunicar a nadie todos estos magníficos descubrimientos? -preguntó Ángela, un tanto desesperada, porque no sabía si podría contener sus deseos de hablar.

-Pues no, Ángela -insistió Jorge-. Aunque lo podemos discutir cuando llegemos a casa.

La máquina del tiempo seguía en la playa, tapada con los mismos trapos con los que la habíamos cubierto. Nos subimos en ella, seleccionamos 2007 y, antes de que pudiéramos marearnos, estábamos en el desván del colegio.